

sus generales: suceso que, como dice un antiguo historiador, «dió que contar para los siglos venideros, y causó grandes y muchas romerías, devociones y votos.» Bien expió su temerario antojo, y bien debió aprender á no confiar en la fortuna, que así le habia sonreido en Tunez como se le mostró ceñuda en Argel: gran leccion para los príncipes que, fiados en su poder ó en su suerte, dan entrada en su pecho á la presuncion y á la arrogancia. Grandes y muchas fueron las pérdidas, muchas y grandes tambien las calamidades é infortunios que causó esta malhadada expedicion; y sin embargo, aun se habian temido mayores en España y en los dominios del imperio, donde la distancia los hacia llegar abultados, como de ordinario acontece con las malas nuevas. Todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas, así para ganar triunfos como para sufrir reveses ⁽¹⁾.

(1) Nicol. Vilagn. Caroli V., expeditio ad Argyriam.—Sandoval, Historia del emperador, libro XXV.—Paolo Giov., Hist., lib. XL.—Vera y Zúñiga, Vida de Carlos V.—Carta del comendador Vañuelos sobre lo ocurrido en la expedicion de Argel: MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—V.—4.—Carta del emperador al cardenal Tavera: MS. de la Biblioteca del Escorial, ij.—V.—3. y en la Coleccion de documentos inéditos, tom. I.

CAPITULO XXV.

GUERRA GENERAL CON FRANCISCO I.

De 1544 á 1545.

Motivo en que fundó el de Francia la guerra.—El asesinato de Rincon y de Fregoso.—Busca aliados contra el emperador.—Levanta cinco ejércitos.—Plan de ataque general.—Sus resultados en el Piamonte, en Flandes, en las fronteras de España.—Alianza del francés con el turco; del emperador con el rey de Inglaterra.—Marcha de Carlos á Italia y Alemania.—Estraña propuesta del pontífice: recházala Carlos.—Conquista el ducado de Gueldres.—El duque de Orleans en Luxemburgo.—Célebre sitio de Landrecy.—El sultan en Hungría: Barbaroja en Francia.—Carlos V. en la dieta de Spira.—Ejército auxiliar de los protestantes.—Retirada de Barbaroja, y aislamiento del francés.—Terrible derrota de los imperiales en Cerisoles.—Entrada de Carlos V. y de Enrique VIII. de Inglaterra en Francia.—Progresos del emperador.—Se aproxima á Paris.—Temores en aquella capital.—Situacion del rey Francisco.—Tratos de paz.—Capitulos generales de la paz de Crespy.—Retirada del emperador y su ejército.—Muerte de Barbaroja.—Carlos V. en Bruselas.

Desde el viage engañosamente amistoso de Carlos V. por Francia, y mucho mas desde la desenmascarada respuesta que dió á los embajadores del rey Francisco en Gante sobre el asunto de Milan, na-

die dudaba ya de que las mentidas demostraciones de cordialidad y confianza entre aquellos dos soberanos pararian en mas cada guerra que las que hasta entonces habian tenido, y para ello no le faltaba ahora razon al monarca francés. Mas no le era decente fundarla en la falsía del emperador sobre el negocio del Milanésado, si no habia de patentizar él mismo su necia credulidad á los ojos de Europa. Necesitaba, pues, otro fundamento, y este no tardó en presentársele.

Uno de los mas eficaces servidores de Francisco I. y de los más activos enemigos de Carlos V. era un tráfuga español llamado Antonio Rincon, que suponemos era el mismo de que hemos hablado en el capítulo precedente, y de quien se recelaba en 1540 habia de dar aviso al sultan de Turquía de los tratos entre Carlos V. y Barbaroja. Era el Rincon hombre hábil para los negocios, y solia tenerle el monarca francés empleado en Constantinopla cerca del sultan, cuya gracia habia logrado captarse el castellano. Interesado otra vez Francisco I. en renovar su antigua alianza con el turco, y conviniendo á los dos hacer entrar en sus miras y proyectos contra la casa de Austria á la república de Venecia, con la cual acababa Soliman de ajustar paces, despachó á Rincon con pliegos para aquella señoría, invitándola á hacer causa comun contra el emperador, y haciendo á su senado ventajosos ofrecimientos. Habia de incorporarse

Rincon en el camino con César Fregoso, otro tráfuga genovés, tambien de la confianza del rey Francisco. Hizolo así el español, y los dos enviados se embarcaron en el Tesino para hacer con mas comodidad el resto del viage á Venecia. En el momento se vieron asaltados y embestidos por unos enmascarados que en otras barcas los aguardaban, y que arremetiéndolos bruscamente cosieron á puñaladas á los dos embajadores, mas no pudieron apoderarse de sus papeles, porque habian tenido la prevision de enviarlos por delante al representante de Francia en Venecia (mayo, 1544).

Aunque no fueron conocidos los enmascarados, túvose por cierto que eran gente apostada por el marqués del Vasto que gobernaba á Milan y que tenia noticia de la mision que llevaban los dos tráfugas confidentes del francés y del turco. Tan ágricamente como era de esperar se quejó el rey Francisco al emperador, pidiéndole satisfacciones del escandaloso y criminal asesinato cometido durante una tregua y en dos personas revestidas del carácter sagrado de embajadores. Carlos, pensando entonces solamente en su expedicion á Argel, no hizo sino eludir lo mejor que pudo las quejas. El marqués del Vasto negaba obstinadamente la culpabilidad que el rey de Francia le atribuía en el delito. Mas de las indagaciones que sobre tal suceso hizo Guillermo Du Bellay en el Piemonte, y del juicio de la opinion pública, dado que

no resultase probado el cargo, tampoco salia el del Vasto libre de vehementes sospechas ⁽¹⁾.

Sirvióle de todos modos este acontecimiento al rey Francisco para procurarse aliados contra el emperador, aunque con tan escasa fortuna, que de todos los soberanos y príncipes cuya ayuda solicitó, solo le respondieron los reyes de Dinamarca y Suecia, que por primera vez se iban á mezclar en las contiendas de los dos formidables rivales, y el duque de Clèves, que disputaba al emperador el pequeño ducado de Güeldres, y á quien Francisco, para mas ligarle, casó con Juana, hija del que seguia llamándose rey de Navarra (junio 1541). La malhadada expedicion de Cárlos á Argel, en ocasion que el turco, aliado del francés, se habia pujante en Hungría, ofrecia, al parecer, la mejor coyuntura á Francisco para emprender la guerra, pero detúvole sin duda una enfermedad que entonces le sobrevino, producida por sus desarreglos y estragadas costumbres. Ello es que al regreso del emperador de su calamitosa jórjada de Argel, fué cuando el rey Francisco hizo ostentacion de su poder, presentando á la vez cinco ejércitos que en aquel espacio habia preparado. Uno, mandado por su hijo Cárlos, duque de Orleans, debia operar en el Luxemburgo:

(1) Hist. di Venetia.—Du Bellay, Memoir.—Jovio, Hist., libro XL.—Robertson, lib. VIII.—Sandoval, en su deseo de salvar de tan terrible cargo al emperador y á su general, dice que «hubo en este negocio, como en todos los demas, diversos juicios en el mundo, mas ya hasta que venga el general no se sabrá la verdad del hecho.» Lib. XXV.

otro, al mando del delfin Enrique, debia marchar por Rosellon hácia las fronteras de España; el tercero, á cargo del mariscal de Güeldres, Martin Van Rossen, era destinado al Brabante; el duque de Vendôme, Antonio de Borbon, habia de conducir el cuarto á los Paisajes Bajos, y las tropas del Piamonte las encomendó al almirante Annehaut, que acababa de reemplazar en la privanza del rey al condestable Montmorency que tan grandes servicios habia hecho á la Francia.

Vemos, pues, á Francisco I., no obstinado como otras veces en arrojarse con todo su poder sobre el Milanésado, objeto antiguo y perenne de su ambicion, sino formar un plan general de ataque á los dominios imperiales, partiendo del centro y derramándose sobre la circunferencia. El resultado de esta nueva combinacion no correspondió sino muy imperfectamente al tiempo que se habia tomado para prepararse, á la grandeza y aparato del esfuerzo, y á las circunstancias en que se hacia. En el Piamonte tomó Du Bellay por astucia algunas ciudades. En Flandes todas las fuerzas y todas las bravatas de Van Rossen y del duque de Clèves con su ejército de alemanes se estrellaron contra la firmeza de Amberes y de Lovaina. El duque de Orleans fué quien se apoderó de Luxemburgo y de casi todo el condado de Brabante. Pero habiéndose vuelto á Francia, dejando por gobernador al duque de Guisa, no bien habia regresado á aquel reino cuando el príncipe de Orange se puso sobre Lu-

xemburgo, recobró todo lo que habían tomado los franceses, y acabada aquella empresa revolvió contra el de Cléves, deseoso de vengar en él el daño que Brabante había recibido (1542).

Por lo que hace á la frontera de España, el delfín, que había venido al Rosellon con cuarenta mil hombres, no se dió tanta prisa como hubiera necesitado para coger á Perpiñan desprevenida, y dió tiempo al emperador para pedir y recoger fuertes auxilios de gente y de dinero de los aragoneses, para que de Castilla le acudiesen muchos señores con sus banderas, para que el duque de Alba abasteciera á Perpiñan de vituallas y municiones y pusiera en ella un buen presidio. Con eso, aunque el delfín llegó á ponerse cerca, encontró ya una resistencia que no había esperado; y al cabo de algun tiempo de inútiles tentativas, viendo por otra parte que los auxilios que aguardaba del turco no venían; que el hambre y las enfermedades iban diezmando sus tropas, y con noticia que tuvo de que el emperador en persona se dirigía al socorro de la ciudad, levantó el campo y se volvió á Mompeller donde estaba el rey su padre (1). De este modo, despues de tan inmensos preparativos, y en una ocasion en que tan quebrantado parecia estar el poder del emperador con el desastre de Africa, estuvo lejos el rey Francisco de recoger el fruto de

(1) Du Bellay, Memoir.—San- Robertson, lib. VII.—Córtes de doval, lib. XXV., núm. 15 á 20.— Monzon de 1542.

tan costoso esfuerzo, ni de corresponder á la espectacion en que había puesto á la Europa entera.

Uno y otro monarca empezaron el resto de aquel año y el inmediato invierno en prepararse á nuevas campañas, en levantar tropas y en buscar aliados, dispuestos á sacrificarlo todo menos sus odios y sus rivalidades. Francisco fiaba, y en ello puso todo su ahinco y empeño, en que el turco se decidiera á ayudarle poderosamente, volviendo él mismo Soliman en persona á Hungría y avanzando por tierra hácia los dominios del imperio, mientras Barbaroja con la armada turca plagaria otra vez el Mediterráneo y guerrearía las costas de Sicilia y aun de España. Cárlos, despues de fortificar y proveer las fronteras españolas, señaladamente las plazas de Fuenterabía, Perpiñan y Salsas, y de escribir á todas las ciudades y á todos los señores del reino para que se aperciesen á acudirle con todo género de servicio como buenos y leales (1), trató por medio de sus embajadores en Roma y puso el mayor conato en ver de reducir al pontífice á que se decidiera á entrar en la liga contra el francés, siquiera por el escándalo que daba á la cristiandad en aliarse para daño de ella con los infieles. Encerrado Paulo III. en su sistema de neutralidad entre ambos monarcas, temiendo por otra

(1) Carta del emperador á las ballaban y reclamando sus servicios. De Madrid á 28 de enero, 1543. ciudades, prelados, grandes y caballeros del reino, dándoles cuenta del estado en que las cosas se

parte romper con el francés, no fuera que exasperado se apartara de la obediencia á la Santa Sede como el de Inglaterra, no obstante que la mayoría de los cardenales opinaba que debia declararse al rey de Francia por enemigo comun y privarle del título de Cristianísimo, no se determinó á complacer á Carlos; el cual, desabrido del poco agradecimiento del pontífice despues de haberle dado su hija Margarita para su nieto Octavio con Novara y otras tierras, espidió una pragmática para que ningun extranjero pudiese obtener en España pension ni beneficio, cosa que iba directamente contra el papa.

A falta de este aliado, buscó el emperador á Enrique VIII de Inglaterra, que ofendido de la amistad del francés con el rey Jacobo de Escocia, gran enemigo de Enrique, se reconcilió fácilmente con el emperador é hicieron los dos un tratado de alianza (febrero, 1543), por el cual convinieron en exigir á Francisco que abandonára su amistad con el turco, que pagára á Enrique las sumas que le adeudaba, que devolviera á Carlos la Borgoña y suspendiera toda hostilidad contra él, so pena de invadir ambos la Francia, cada cual por su lado con respetable ejército ⁽¹⁾. Esta confederacion de Carlos con un monarca protestante disgustó mucho al pontífice y fué generalmente murmurada. Creemos, no obstante, que tampoco podia hacerse un cargo justo al emperador, por mas que

(1) Rimer, Fœder. XIV.

fuese el representante y el campeón del catolicismo, como dijimos acerca de los tratos con Barbaroja, puesto que se trataba de resistir al francés, que llamándose cristianísimo no reparaba en llamar contra él las armas de los infieles, ni escrupulizaba en poner en peligro toda la cristiandad, provocando y atrayendo sobre ella armadas y ejércitos mahometanos.

Con esto determinó el emperador ir personalmente á Italia y Alemania para oponerse al poder del turco, que era el mas formidable. Nombró regente y gobernador de estos reinos al príncipe don Felipe, de edad ya de diez y seis años, que acababa de ser reconocido y jurado heredero y sucesor del trono, asistido de los consejos del cardenal Tavera: encomendó el despacho de los negocios al secretario imperial Francisco de los Cobos; dió al duque de Alba, don Fernando de Toledo, el título y cargo de capitán general de los reinos de Aragon y Castilla (1.º de mayo, 1543); tomó cuatrocientos mil ducados que las Cortes de Castilla le otorgaron por servicio ordinario y extraordinario; recibió prestada una cuantiosa suma del rey don Juan de Portugal sobre la conquista de las Molucas; se incorporó en Barcelona al príncipe Andrés Doria que le esperaba con sus galeras, y embarcándose en aquel puerto con ocho mil veteranos españoles, mil que tomó en Perpiñan, y setecientos caballos, en cuarenta y siete galeras y mas de cuarenta naves, arribó á Génova (fin de junio, 1543), y se hospedó en el palacio

de Doria, donde concurrieron á visitarle el marqués del Vasto, don Fernando de Gonzaga, Cosme de Médicis, duque de Florencia, y Pedro Luis Farnesio, hijo del papa y padre de Octavio ⁽¹⁾.

Necesitando todavía mas dinero, y no viendo ya manera de sacarlo de sus esquilados señoríos de Italia, contrató con Cosme de Médicis retirar las guarniciones que conservaba en Florencia y en Liorna, y dejárselas libres por la suma de ciento cincuenta mil ducados, quedando de este modo el de Médicis dueño de dos plazas, que por ser tan importantes eran llamadas los grillós de Toscana ⁽²⁾, y tan agradecido que puso en ellas guarnicion de españoles y tudescos, con lo cual no dejó de disgustar á los italianos.

Quiso el papa á toda costa ver al emperador antes que pasase á Alemania, y á este fin habia enviado á Génova su hijo Pedro Luis, y luego le suplicó lo mismo por medio del cardenal Farnesio, su nieto. Negábase á las vistas el César, resentido del pontífice

(1) Minutas de diferentes despachos y consultas del emperador en Madrid y otros lugares de Castilla y Aragon, relativamente á aprestos y disposiciones de armamento y defensa de las fronteras y costas, etc. Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 449.—Cartas y consultas del príncipe don Felipe, consejos, presidentes, ciudades, corregidores, prelados, grandes y toda clase de personas sobre el apresto, fortificacion y defensa de las costas y fronteras,

y armamento de gente de guerra, provisiones y demas negocios de esta clase.—Item, sobre la armada de Barbaroja y la francesa, escrito todo al emperador.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, número 60.

(2) Baldini, Vita di Cosme Medici.—Era tal la falta de dinero en Italia, que el marqués del Vasto se veia imposibilitado de obrar por temor de que se le rebeláran sus tropas, á las cuales debia muchos meses de sueldo.

por no haber accedido á confederarse con él contra el de Francia. Mas tanto y tan vivamente le instó, que al fin condescendió Carlos en que se viesen en Bujeto ⁽¹⁾. Allí se descubrió el interesado fin que habia movido al pontífice á solicitar con tanto ahinco la entrevista. No contento con ver á sus nietos hechos duques con estados, y hasta enlazados á la familia imperial, y valiéndose de la necesidad que el emperador tenia de dinero, le propuso comprarle el ducado de Milan por una cantidad crecida. Entróse en tratos, y hasta en vergonzosos regateos, y finalmente, como dice el prelado historiador de Carlos V.: «el negocio »se apretó tanto, y la necesidad del emperador era tal, »y el dinero de Paulo tan sabroso, que tuvo por acabado este negocio ⁽²⁾.» Pero opúsose entre otros á esta venta el gobernador de Siena don Diego de Mendoza, «caballero sabio y discreto de los mas que en su tiempo hubo,» y lo hizo presentando al emperador un escrito razonado, y tan enérgico, vigoroso y atrevido, y probando con tan fuertes argumentos la inconveniencia de la enagenacion, y descubriendo con tal libertad y desembarazo la desmedida ambicion del papa, que se deshizo el trato, y se conservó, merced á este esfuerzo, la posesion de Milan ⁽³⁾.

(1) Lugar entre Plasencia y Cremona.

(2) El obispo Sandoval, libro XXV., núm. 29.

(3) El historiador, obispo de

Pamplona, trata en esta ocasion con no poca dureza al papa Paulo III. «Mas á la verdad (dice) no »era sino con codicia de comprar »el estado de Milan para su nieto,

Despidiéronse con esto los dos personajes, y Carlos V. prosiguió su viage á Alemania, donde mucha

obra por cierto pía para ganar el cielo comprando á Milan con la sangre de Cristo...—«Pensaba el papa (dice despues) que el emperador apretado con la grandísima necesidad en que estaba, daría fácilmente á Milan por dineros, de suerte, que ya tenemos otro codicioso por este ducado que tanto costó al mundo.»

Por lo que hace al escrito de Don Diego de Mendoza, era tan fuerte, y hablaba en él tan libremente del papa, que el mismo Sandoval al insertarle tuvo por conveniente suprimir lo superfluo y mal sonante. Estampó, sin embargo, muchos párrafos, de los cuales nosotros solo tomaremos alguno, como muestra de la libertad con que en aquel tiempo se escribía de estas materias y se hablaba á un emperador tan católico como Carlos V.

«Allende de esto (decia), teniendo todo el mundo por cierto que solo el papa os puso en los peligros pasados y trabajos presentes... por solo necesitaros y traerlos á este punto en que estais, viendo agora que en lugar de vengaros le gratificais, y en lugar de ofenderle os meteis á bajezas y poquedades, ¿quién estimará vuestra potencia? ¿ni quién temerá dañaros, pues de el daño nace provecho, y de la ofensa gratificación?... Y mas adelante.—«¿Qué mayor desacato en el mundo se puede hallar, que habiéndoois ofendido, como os ha ofendido, no solamente no tiene vergüenza de parecer ante vos, pero os demanda cosas, que no sería justo pedir las habiéndoois redimido de turcos?... Y pues esto es asi, y tan verdad como la

misma verdad, estad, señor, sobre vos, conservad lo que teneis, trabajad por adquirir lo demas y manteneos en vuestra reputacion, porque yo certifico á V. M. que en esta coyuntura, con solo hallaros fuerte de palabras le podeis vencer sin otras armas: porque el estado de la Iglesia es mas vuestro que suyo... No hay principe en toda Italia que no esté ofendido, no hay hombre que no esté mal contento de él: usad en esta ocasion del hierro y no del ensalmo: porque sin duda conocereis el provecho muy manifesto. Y que esto sea asi, la experiencia lo ha dado á conocer despues que comenzasteis á tratarle con un poco de respeto y negociar con autoridad. No podeis creer el grande miedo que tuvo, cuando supo el mal recibimiento que hicisteis al legado que fué á España, y el que sintió cuando enviasteis á Granvela al concilio, y últimamente el que ha concebido de vuestra venida á Italia sin haber hecho ceremonia ni cumplimiento con él. El temor de veros venir agora con gente no escede la mala conciencia, perversa y dañada intencion que contra vos tiene: en nada se asegura; de todo se teme; y pues le teneis en estos términos, otra vez exhorto á V. M. que sepa usar de la ocasion, etc.—El escrito es larguísimo, y está lleno de pensamientos y de frases, aun mas duras que las que hemos estampado, entre ellas la de que «el papa y el francés se habían olvidado de la obligacion de cristianos.»—Sandoval, lib. XXV., párr. 30.

parte del pueblo le creia muerto (1). Llegó á Spira (20 de julio, 1543), y despues de haber dado audiencia á los protestantes y rechazado con la aspereza de un hombre irritado á los que intercedieron para que perdonára al duque de Cléves, pasó á Bouce (15 de agosto), y puesto al frente de un ejército de treinta mil hombres se precipitó sobre los estados del duque, que se retiró al ver descolgarse tal golpe de gente, aumentada luego con la que llevó de los Países Bajos el principe de Orange, enviado por la reina doña María. Acometieron los imperiales la fuerte ciudad de Duren. Para su mal propio hicieron los de dentro el arrogante alarde de mostrar por encima de los muros una bandera empapada en sangre, y el de arrojar despues un volador de fuego, para dar á entender que á sangre y fuego desafiaban la gente del emperador. Combatida la ciudad y asaltada luego por unos pocos intrépidos y hasta temerarios españoles, sobrecogiéronse de espanto aquellos hombres antes tan bravos y soberbios, y entrada la ciudad fué puesta á saco, degollados sus defensores y habitantes, y reducidas despues á cenizas sus casas (24 de agosto).

Intimidó y asustó este ejemplo de crueldad á las vecinas plazas; cundió por el pais la fama del arroj

(1) Se habia difundido en el pueblo la voz de que, habiéndose sumergido en los mares de Argel, tenían los imperiales una estatua muy parecida á Carlos y la enseñaban en ciertas ocasiones para hacer creer que era vivo. De esta creencia del vulgo llegaron á participar hasta personajes de la categoría del duque de Cléves.

de los españoles, de quienes se decía que trepaban hasta por las paredes lisas, y todas las fortalezas y ciudades se fueron rindiendo al emperador. El mismo duque, convencido de la imposibilidad de mantener su estado sino encomendándose á la clemencia del César, tomó la resolución de ir á echarse á sus pies con quince caballeros de los suyos. Duro estuvo con él el emperador, y contra su carácter natural se gozó inhumanamente en humillarle. Primeramente se negó á darle audiencia: despues, como el señor de Granvela intercediese por él, le recibió sentado en su silla, vestido de ropa talar y con todo el aparato de su córte (13 de setiembre, 1543). Llegó el duque de Cléves, que era una gentil y muy apuesta figura, acompañado de cuatro caballeros, y se arrodillaron todos delante del César, el cual los tuvo á todos un buen espacio en aquella degradate postura, sin corresponderles siquiera con un signo de cortesía. Pidieron perdon por él en dos breves arengas el duque de Brunswick y el embajador de Colonia, y el emperador mandó á su secretario que respondiese por él en muy pocas palabras, diciendo que quedaba perdonado, no obstante que su desacato habia sido tan grande. Entonces Carlos le mandó levantar, levantóse tambien él mismo, mudó de semblante, le recibió risueño y le alargó su mano.

Tan duro como habia estado con él hasta humillarle, como si hubiese sido este su único propósito,

estuvo despues indulgente, generoso y noble en las condiciones que le impuso para admitirle de nuevo en su gracia. Redujéronse las principales á que habia de mantener en la fé católica todas sus tierras hereditarias; á que dejaria toda alianza con el rey de Francia y con el de Dinamarca, y sería fiel y obediente al emperador y al rey de Romanos, y á que renunciaría plenamente el ducado de Güeldres en favor de Su Magestad Imperial y de sus herederos y sucesores ⁽¹⁾. Con estas condiciones le devolvió todos sus estados, conservando únicamente el emperador como en rehenes dos de sus principales ciudades; y aun despues se los restituyó íntegros; y todavia para darle una prueba mayor de su sincera reconciliacion le dió la mano de la princesa María, hija de su hermano Fernando.

De ésta manera, en quince dias ganó el emperador una importante provincia limítrofe de sus estados de Flandes, y quitó al rey de Francia uno de sus aliados mas útiles. Ni Carlos ni Francisco se descuidaban. Mientras aquel sometia el ducado de Güeldres, éste por medio de su hijo el duque de Orleans conquistaba el Luxemburgo, y acudia su padre en persona á darle el título de este ducado (setiembre). Carlos, concluida la guerra de Güeldres, determinó pe-

(1) Coleccion de Tratados de paz, tom. II.—Anales Brabantinos, tom. I.—Jov. Hist. lib. XLI.—Sandoval, lib. XXV., párr. 41. —Las condiciones de la capitulacion fueron veinte y siete, pero estas eran las cláusulas fundamentales.

netrar con su ejército en el reino de Francia, y puso sitio á la fuerte plaza de Landrecy. Cuando tenia ya apretado el cerco (octubre, 1543,) tóvose aviso de que se acercaban al campo imperial en socorro de la plaza el rey Francisco y el delfín con un ejército de cincuenta mil infantes y diez mil caballos. Iguales poco mas ó menos eran las fuerzas imperiales. Vociferaba el francés que iba resuelto á dar batalla al emperador, y á destruirle de una vez, y á perseguirle hasta el cabo del mundo. Noticioso de esto el César, presentóse un día al frente de su campo armado de todas armas, arengando á los suyos á cada cual en su lengua, y exhortándolos á que peleáran como caballeros honrados, añadiendo que si viesen caido su caballo, y el estandarte imperial que llevaba Luis Quijada, levantasen primero el estandarte que á él. Cuatro horas estuvieron los imperiales provocando á batalla, y como el francés no diera muestras de moverse de su real, mandó el emperador tocar á retirada una milla del campo. Otro día intentó acometer el campamento enemigo, mas en tanto que los imperiales se ocupaban en echar unos puentes sobre un riachuelo que los separaba, los franceses á favor de una espesa humareda que á propósito levantaron entre los dos campos se retiraron silenciosamente y sin ser sentidos, de modo que cuando el emperador se apercibió de ello y despachó en su seguimiento algunas tropas, estas dieron en una emboscada prepara-

da por el delfín y perecieron la mayor parte (7 de noviembre, 1543).

Tal remate tuvo el célebre sitio de Landrecy, en el cual creyó toda Europa que las añejas contiendas entre los dos rivales, Cárlos y Francisco, se iban á decidir en un día por medio de una batalla general, á que parecia estar dispuestos ambos contendientes. Los franceses se glorían de que su rey tuviera maña para socorrer á Landrecy y quitársela de entre las manos al emperador á la vista de todas las fuerzas imperiales reunidas; mientras los españoles deprimen á Francisco por haber esquivado la batalla con que le brindó el César, y á que él mismo habia venido retando; y aseguran que solo por mala fé de algun general, ó por engaño de los espías dejó de destruir al francés y de apoderarse de las personas del rey y del delfín, como que dijo á su general Fernando de Gonzaga: «Vos me habeis quitado hoy mi enemigo de entre las manos (1).»

Entretanto, la cristiandad presenciaba asustada uno de los mayores escándalos que jamás se habian visto. El sultan de Constantinopla, en cumplimiento de

(1) Desacordes están en este punto, el italiano Paulo Jovio, el francés Du Bellay, y el español Sandoval, así como otros historiadores italianos, franceses y españoles. Algo debió haber de deslealtad ó de engaño al emperador, puesto que inculpándose mutuamente el general Gonzaga y el capitán Salazar, este se vino á España por temor de algun atentado de aquel, y aquí fué preso por el alcalde Ronquillo, si bien resultó libre de cargo, y solo se le apercibió que no hablara mal de don Fernando de Gonzaga. Sandoval, lib. XXV., párr. 46.